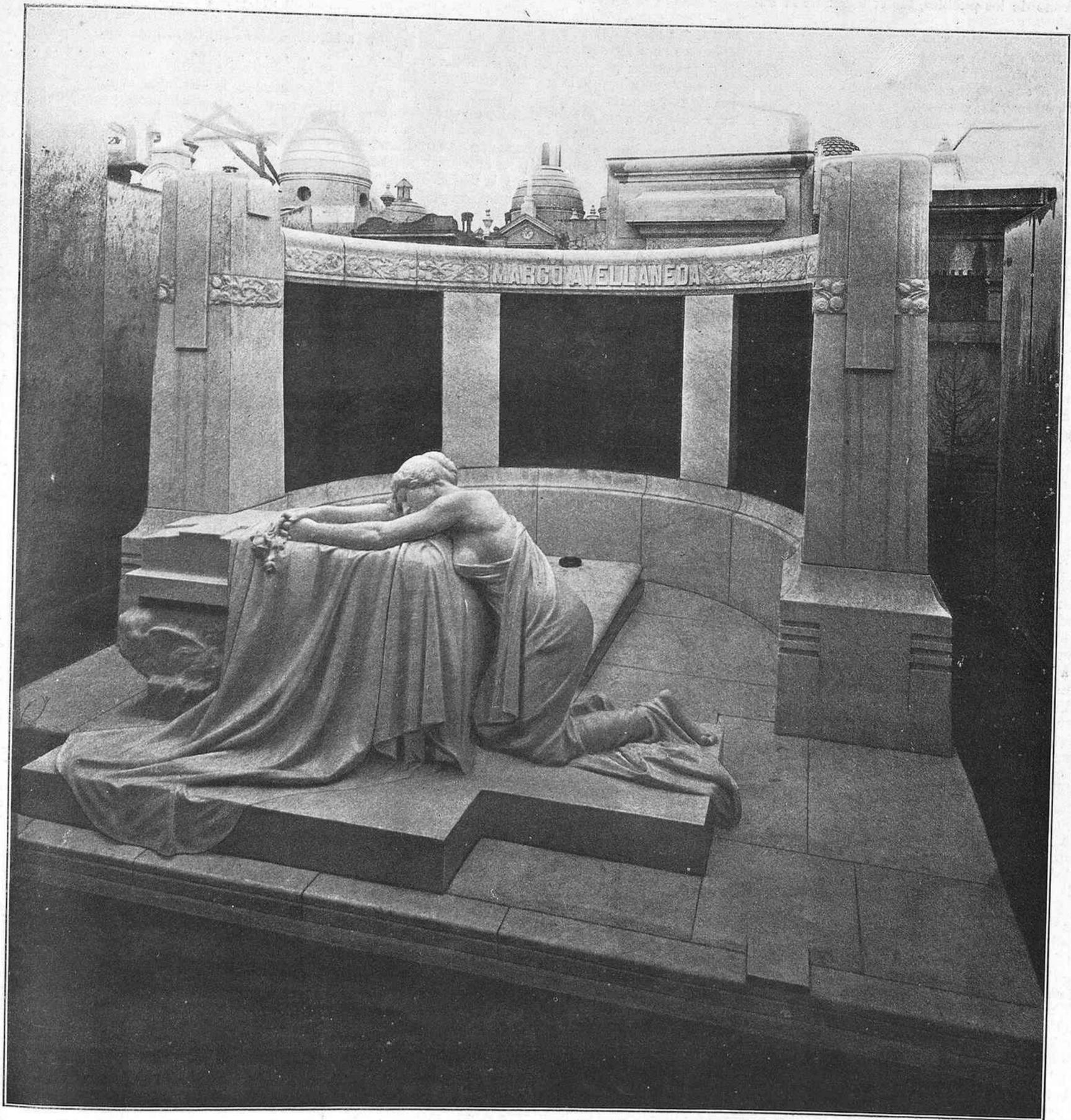


# La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 22 DE FEBRERO DE 1915

Núm. 1.730



Mausoleo que el gobierno argentino ha hecho construir en el cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires, para perpetuar la memoria del exministro Dr. Marco Avellaneda. Obra de J. Cardona. (De fotografía de F. Serra.)

## SUMARIO

**Texto.** - *La Esfinge*, por B. Morales San Martín. - *La gargantilla*, por José Pérez Hervás. - *Obras del escultor José Cardona*. - *La guerra europea*. - Madrid. *El Carnaval de 1915*. - *La Niania* (novela ilustrada; continuación). - Barcelona. *El Carnaval de 1915*. - Congreso de la Prensa no diaria.

**Grabados.** - *Mausoleo a la memoria del exministro doctor Marco Avellaneda; Monumento erigido al libertador general San Martín*, obras de J. Cardona. - Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *La gargantilla*. - *Damas enfermeras de la Cruz Roja japonesa*. - *El general Ricciotti Garibaldi revisando las Sociedades de Preparación militar*. - *La guerra europea* (cinco fotografías). - *Verano en Anticoli*, cuadro de F. Murillo Rams. - *Triste velada*, dibujo de V. Carreres. - *Un puma*, cuadro de A. Wardle. - *En la playa*, cuadro de J. Llimona. - *El Carnaval de 1915 en Madrid y Barcelona*. - Congreso de la Prensa no diaria.

## LA ESFINGE

Athel era el dueño del mundo...

Los hérulos, los escitas, los ostrogodos, los gépidos, los sármatas, los suevos y alanos fueron por él dominados y sus reyes feudatarios suyos. Rey de reyes y tirano de los pueblos, fué el terror de la humanidad.

Bajo de cuerpo, de pecho muy ancho, nariz aplastada, cabeza grande, ojos pequeños, tez cobriza y barba rala, fué hábil para dominar a un pueblo feroz como el suyo, tanto por la fuerza como por las fábulas portentosas y atrevidas supersticiones que hizo esparcir a sus rapsodas sobre el origen de aquel pueblo bárbaro y de él mismo.

Un día le presentó un pastor desconocido una rica espada, con labrada empuñadora de oro y agudos filos. Habíala encontrado oculta entre la hierba, donde hirió a una blanca ternera mientras pastaba confiadamente... y Athel, blandiendo la misteriosa espada, dijo a sus mujeres y a sus guerreros:

- ¡Ah! Esta espada es invencible... ¡Es un presente que me hace el dios de la guerra, como símbolo de mi futuro poder! ¡Con ella conquistaré el mundo!

Y tras aquella espada fué su ejército exterminador, realizando rápidas conquistas y marcando su ruta sobre el planeta por la roja y sangrienta estela de los pueblos pasados a cuchillo, de las ciudades incendiadas y de los ríos convertidos en humeantes arroyos de sangre.

El amo y señor de la tierra supo que en Occidente quedaba un reino pequeño, minúsculo, que no era suyo aún. Estaba formado por un puñado de hombres que vivían en ideal república, jamás en guerra con pueblo alguno. Eran una pequeña aristocracia que se gobernaba a sí misma y vivía dedicada al estudio de la ciencia, de la poesía y del arte, sin dejarse arrastrar a las luchas fratricidas y guerras de conquista. Pues aquella aristocracia de la intelectualidad humana, encerrada en sí misma y libre de ambiciones, excitó la envidia de Athel, quien quiso dominar a los sabios y a los buenos como había dominado a los bárbaros y a los soldados: con la espada.

Y allá fué, como tromba asoladora, abatiendo y agostando cuanto halló a su paso... Habíale dicho sus rapsodas que los sabios de la minúscula república intelectual de Occidente, poseían y adoraban una «Esfinge» misteriosa que guardaba en su seno de virgen el sagrado misterio del ser y del no ser, del bien y del mal, de lo pasado y de lo por venir... ¡toda la ciencia!; y el rey bárbaro, ambicioso de todo poder, envidioso de toda superioridad, quiso poseer también la ciencia que guardaba la «Esfinge»; oírla y penetrar audaz y osado en su seno virgen rasgándole el velo sagrado... Y metió sus hordas en la tranquila y venturosa república, jamás hollada por la planta impura de ningún conquistador.

Con la celeridad del rayo cae junto a los muros de la Ciudad ideal, patria de sabios, artistas y poetas. Y al deslumbrar con cegadora luz sus ojos la cúpula de oro del templo de la «Esfinge», detiene su caballo, da al aire su flamígera espada, y exclama, con fuego en los ojos y tonante acento:

- ¡Ya es mío el mundo! ¡Toda la tierra tiembla bajo los cascos de mi caballo!

Y avanza contra aquella raza superior formada por los príncipes del saber, del arte y de la poesía.

Pero he aquí que uno de aquellos hombres extraordinarios, el más anciano, el más sabio y venerable, manda abrir las puertas de la Ciudad ideal, espera a Athel junto a ellas y así le habla:

- ¿Dónde vas, «azote de Dios...», exterminador del género humano? Aparta tus hordas de nuestra ciudad: ¡aquí no hallarás ningún botín que aumente tus tesoros, ni mujeres que enriquezcan tu harem, ni esclavos útiles para labrar las tierras de conquista, ni guerreros avezados a pasar a cuchillo a turbas indefensas! Nuestros tesoros son los libros... ¿y de qué te servirán a ti, ¡oh Athel!, los libros sagrados? ¡Vete!

Dirige tu bruto hacia otras tierras cuyas gentes te disputen el poder y la posesión de la tierra. Nosotros somos tan pobres que no poseemos siquiera siervos, soldados y concubinas. ¡Vete... y no atraigas el rayo de Dios sobre tu cabeza! ¡Vete!

- ¡No! Vengo a descifrar el ignorado misterio de la «Esfinge...», quiero poseer el arcano del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del destino de las razas, del incierto «más allá», de las criaturas y de los pueblos... ¡Quiero poseer la ciencia como poseo el mundo! ¡Quiero saberlo todo como vosotros... y llevarme la «Esfinge» misteriosa a las grupas de mi caballo... hasta mi tienda!

El anciano sonríe compasivo:

- ¡Es imposible!

- ¡No existe esa palabra para mí! ¡Mis rapsodas la borraron tiempo ha de sus libros por orden mía! ¡Yo quiero y puedo! ¡La ciencia será mía!

- ¿No te basta, iluso, poseer el poder y el amor?

- ¡No! ¡Quiero la «Esfinge»!

- ¡Ah! La ciencia no fué nunca patrimonio de los audaces, de los poderosos, de los soldados de fortuna ni de los apóstoles de la violencia...

- ¡Ahora va a serlo!

- Pues entra, Athel. Tuya es la ciudad. Pero observa, ¡oh entra del género humano!, que no basta «querer» para «poseer»; que el sagrado misterio sólo es digno de ser poseído por los hombres limpios y puros de corazón; que la sagrada «Esfinge» sólo responde a quien no le manda; que permanece muda ante quien no amó a Dios en Él y en sus criaturas, y deseó la mujer de su prójimo, y codició los bienes ajenos, y mintió, y tiñó sus manos en sangre humana. Y advierte también que para entrar en nuestro templo has de dejar la fuerza y la violencia en tus tiendas con tus bárbaros... porque quien profana con mano torpe a la «Esfinge» muere herido por el rayo en el acto mismo de la profanación... ¡La «Esfinge» es intangible! Y ahora...

- Aparta, soñador... Yo sé bien cómo se forjan las fábulas y las supersticiones para amedrentar a los pueblos y dominarlos... ¡Veré la «Esfinge», y me responderá o moriréis todos!

Y Athel, montado en su indómito bruto y seguido de sus bárbaros entra en la Ciudad ideal y penetra en el Templo de la «Esfinge».

Los sacerdotes del Saber, aterrados por la sacrilega profanación del osado caudillo, rodean a la «Esfinge» oponiendo sus nobles pechos a las aceradas espadas de los bárbaros.

Pero Athel no repara en ellos, se acerca a la «Esfinge», levanta la visera de su casco de oro, y agitando la espada vencedora en su diestra, impreca y pregunta a la «Esfinge» por tres veces... ¡sin que ninguna de ellas la «Esfinge» venda su misterio.

Entonces Athel manda degollar a los sabios que rodean a la «Esfinge» y pronto un lago rojo de sangre coagulada cubre las blancas losas del sagrado recinto. Pero otros sacerdotes ocupan el lugar de los inmolados... y Athel torna a interrogar a la callada «Esfinge» increpándola procaz e insolente. La «Esfinge» permanece sorda y muda.

- ¡La «Esfinge» responderá!, grita Athel y manda degollar a los sacerdotes.

Otros vienen a ocupar el puesto de honor y de muerte. Son los últimos que abandonan el estudio y el laboratorio, interrumpiendo su recóndita labor, para defender a la sagrada imagen.

Athel, al verlos venir, sonríe esperanzado y torna a interrogar por última vez a la «Esfinge», y la «Esfinge» calla con silencio de muerte.

Athel manda a sus bárbaros que pasen a cuchillo a todos los sacerdotes supervivientes; y aniquilada ya la raza de sabios, de poetas y de artistas, el caudillo respira, libre su pecho de peso opresor.

Uno de los sabios, en su agonía, balbucea:

- ¡La «Esfinge» habla cuando la interrogan los hombres puros de corazón! ¡No te responderá, bárbaro! ¡Es en vano que la interrogues! ¡Tienes las manos manchadas de sangre y el alma corroída por la envidia! ¡¡Fratricida!! ¡¡Fratricida!!

Athel, aterrado por que el agonizante posee su secreto, manda que le decapiten y arrojen su cabeza exangüe a los pies de su caballo. Consumada su obra, Athel se acerca más a la «Esfinge» y agitando la mortífera espada torna a preguntar su secreto a la «Esfinge» que sigue callada e inmutable.

Los soldados de Athel sobrecogidos por primera vez en su vida ante el impenetrable misterio que defiende un lago de humeante sangre inocente, sienten penetrar como agudo cuchillo hasta su corazón el miedo y el terror supersticioso.

- ¡Acaso el Templo va a derrumbarse y perezcamos todos! ¡Acaso la «Esfinge» va a levantar su diestra colosal y aplastará al caudillo azote de Dios!, dícense unos a otros con contagioso terror.

Entonces Athel irritado, ¡sin miedo! - es el único que no lo tiene! - airado y colérico avanza, siempre a lomos de su bridón, y con su espada hiere los senos de la «Esfinge» donde es fama que los inmolados sabios depositaban sus sagrados misterios... Y lo que pasó fué inaudito, inesperado, instantáneo:

¡El acero vencedor en cien combates estalla en trozos que tintinean y se quiebran en el aire en mil pedazos, como si de cristalina y quebradiza materia fuera forjado! ¡Y Athel cae al suelo, confundido con su bruto, heridos los dos por el rayo que dormía en los senos de la «Esfinge» muda y acaba de estallar con horrisono chasquido en los ámbitos del Templo!

Los bárbaros retroceden deslumbrados por el rayo y sobrecogidos por el asombroso y temido prodigio. Agólpense a las puertas del Templo para huir... pero una voz que sale de los mismos senos que fulminaron el rayo, los detiene:

- ¡Los sabios pueden morir y anegarse en el mar de sangre de los bárbaros conquistadores! ¡Pero la «Esfinge» es inmortal, inviolable, intangible!

Répuestos de su terror, los bárbaros recogen el carbonizado cadáver de su jefe de los pies de la «Esfinge» inmovible que sonríe enigmática, guardando en sus senos inexcrutables el indescifrable misterio vedado a los impuros y a los ambiciosos, y a los fraticidas del género humano.

El templo queda solo.

El pedestal de la «Esfinge» se abre.

De su seno salen tres hombres; son los más jóvenes servidores de la «Esfinge.»

Trémulos, sudorosos, con ojos extraviados, contemplan el sangriento espectáculo que mancha el sagrado Templo del Saber. Enternecidos exclaman:

- ¡Pobres hermanos! ¡Pobres mártires de la ciencia! ¡Nosotros recomenzaremos y seguiremos vuestra obra imperecedera! ¡El Progreso lo exige! ¡Aunque renazca Athel de sus cenizas, la ciencia no morirá!

Y piadosos y solícitos recogen los restos de sus hermanos, lavan su sangre, y unos cuantos nombres más aumentan el glorioso martirologio de la Ciencia.

Las hordas de Athel lleváronse el cadáver de su amo y señor a sus tiendas, lejos de la «maldita» Ciudad ideal... Encerráronle en tres cajas: una de oro, otra de plata y la tercera de hierro, junto con los restos de su quebrada y gloriosa espada, símbolo de su poder. Y le enterraron en el álveo del caudaloso río que riega aquellas tierras feraces, enterrando con él su caballo y su casco de oro, su tienda de púrpura, los más preciosos trofeos de sus victorias y los cadáveres de los esclavos de sangre real que abrieron la ancha y profunda fosa y desviaron momentáneamente el curso del famoso río...

Dedicáronle sangrientos funerales; prodigaron los sacrificios humanos; sus soldados cortáronse los cabellos e hirieron el rostro en señal de duelo a los fieros alaridos de sus cantos guerreros, en los que ensalzaban el indomable valor y la muerte trágica de Athel. En las dos riberas del río-sepulcro, el ejército exterminador celebró durante siete noches sendos banquetes fúnebres en vergonzosa promiscuidad con las mujeres y las esclavas del caudillo y de sus guerreros... Y a la séptima noche de orgías, el formidable imperio guerrero que fundó Athel y asombró al mundo, estaba roto y maltrecho y dividido en tantos minúsculos reinados como jefes tenían aquellas hordas de asesinos rapaces, que se aniquilaron en estériles guerras civiles.

No había entre ellos otro lazo que la férrea voluntad de Athel..., y éste dormía para siempre en el fondo del álveo del río que ciñe los muros de la Ciudad ideal, guardadora de la «Esfinge» sagrada. Y allí, bajo aquel límpido cristal, duerme la trágica leyenda del guerrero bárbaro que profanó la «Esfinge» del Templo del Saber, en cuyo seno palpita el misterio del ser y del no ser, del dolor y de la ciencia, del bien y del mal, del destino de la humanidad... y de las almas.

¡ATHEL MORIRÁ SIEMPRE QUE OSE PROFANAR LA ESFINGE INTANGIBLE E INMORTAL, PORQUE SÓLO LA CIENCIA POSEE EL VERDADERO Y EL ÚNICO PODER!, reza en letras de oro imborrable leyenda en el pórtico del Templo de la Ciudad ideal...

B. MORALES SAN MARTÍN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
esta única legítima Sal de

LA GARGANTILLA, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Carlos Vázquez

I

D. Enrique, el director de la *Revista Clásica*, leyó asombrado el volante que le enviaba el propietario de aquella publicación de moda:

«El cajero le abonará la mensualidad corriente y tresmensualidades más por vía de ayuda para mientras encuentra usted otro acomodo. La *Revista Clásica* ha de dar un cambio radical en sus orientaciones; y su dirección de usted no me conviene.»

D. Enrique leyó y releyó el volante. Levantóse, tomó el sombrero, los guantes y el bastón, y salió de la oficina sin acercarse a la caja. Aquello no podía ser así tan de golpe y porrazo, y el marqués de Navacubierta, propietario de la *Clásica*, le debía una explicación.

En un simón iba D. Enrique acortando la distancia mediante entre la oficina y el palacio de Navacubierta, y al mismo tiempo hacía examen de conciencia literaria, sin acertar a ver cuál podía ser la inconveniencia de su dirección.

En el palacio le esperaban sin duda, por que porteros y ayudas de cámara se apresuraron a hacerle pasar y a dar al marqués el aviso de su llegada.

El marqués de Navacubierta estaba sentado a su mesa, envuelto en una gran bata rusa de color gris, sin haber hecho aún su tocado matutino.

— Pase, D. Enrique, siéntese.

— Señor marqués, vengo por...

— Lo sé, no hay remedio.

— Pero...

— Nada, lo he pensado mucho; no le será difícil encontrar otra colocación en la prensa...

— Mas, dispéñeme, señor marqués; querría saber qué causas hayan motivado esa necesidad absoluta de separarme de la dirección de la *Clásica*.

— No quería tocarla, pero me obliga usted a serle franco. La suscripción baja, en lo cual puede usted no ser la causa única; pero hemos perdido una gran atracción, y de esta pérdida es usted el único causante. Aquí tiene usted (y el marqués alzó de la estantería giratoria, que a su lado derecho tenía, un libro de encuadernación azul) *Torrentes de Luz*; ¿no lo conoce usted? Es el mismo libro que usted rechazó cuando nos lo ofreció Vélez Ruimonte. Pues bien; además de lo que han ganado los editores publicándolo en la *Moderna Orientación* ahora, llevan vendidos setenta mil ejemplares. Y usted, no sólo privó a la *Clásica* de esa popularidad y de esa ganancia, sino que en sus columnas ha criticado acerbamente *Torrentes de Luz*, *La selva de la Muerte*, *El puente de Oro*, en suma, todas las obras de Vélez Ruimonte.

El marqués detúvose en su recriminación, fijando penetrantemente la vista en D. Enrique. El director, exdirector ya, de la *Clásica*, púsose lentamente en

pie. No le acudía una sola razón para defender su conducta, sus puntos de vista, sino todo un arsenal de razonamientos; mas con su experiencia comprendió que todo sería inútil. Dispúsose a marchar, pero antes, por un arranque de su dignidad ofendida, pronunció:

brero la señora, ya se sabe adónde llegan los sueldos como el de D. Enrique. Sobre todo los sueldos particulares que pueden faltar en un momento, porque los del Estado, que nunca marran, ya es otra cosa.

Camino de su casa iba D. Enrique haciendo sus cálculos mentales, y el resultado neto era que con

su arranque de despreciar las pagas que le ofreció el marqués se había comprometido, porque en su casa poco dinero debería haber. Y entonces también empezó D. Enrique a ver de negros colores el porvenir, y a culpar a su esposa de poco previsora; porque doña Rosario gastaba mucho, demasiado. Y como de deducción en deducción y de reflexión en reflexión se llega a lo que jamás nos ha pasado antes por las mientes, súbitamente una sospecha trágica hirió la mente del exdirector. El tenía sesenta años; doña Rosario, cuarenta y cinco. Y doña Rosario era preciosa, y él veía ahora que en su hogar se gastaba mucho, demasiado, mucho más de lo que él ganaba...

¡Cielos santos! Don Enrique, sudoroso, sin pulsos, llegó al portal de su mansión e iba a subir apresurado las escaleras, cuando oyó pronunciar el nombre de su esposa.

— ¿Doña Rosario de Cepeda?

— Segundo, derecha, respondió la portera.

Y al ver a D. Enrique añadió:

— Mire, ahora sube el Sr. Cepeda.

D. Enrique, en el primer descansillo, abordó al preguntante:

— ¿Qué se le ofrece a usted?

El joven caballero sacó un estuche del bolsillo interior de su americana, y una factura.

— Traigo la gargantilla que encargó ayer la señora.

D. Enrique echó un vistazo al papel comercial y le temblaron las piernas: «*Por una gargantilla de oro y perlas... Ptas. 1.750...*» ¿Para qué inquirir más?

Cierta era su desgracia; arrojado de la *Clásica* por haberle puesto la proa a aquel autor innominado, hecho de pronto el favorito de la corte; y expulsado ahora de su hogar por la indignidad de su esposa. Rápidamente pensó D. Enrique en un revólver, y en un asilo de ancianos: se volvía loco...

El dependiente de la joyería le miraba asombrado. Aquella mirada volvió al exdirector de la *Clásica* a la realidad.

— Suba usted, dijo, y, por todos los santos, no diga que me ha visto en la escalera.

El elegante dependiente hizo una mueca de amigueísmo y subió al piso, mientras D. Enrique salía de nuevo a la calle y se ocultaba en el portal vecino.

III

Doña Rosario estaba en el despacho de su esposo cuando éste apareció en el umbral, y sin dejar el



¡Mira, mira qué gargantilla!

— No puedo aceptar las pagas que de gratificación me ofrece; habiendo infligido tales pérdidas a la casa, no veo cómo podría aceptar tal gratificación como no fuese a título de limosna, y, hoy por hoy, no la necesito.

Y salió altivo de la habitación del marqués, que se encogió de hombros.

II

Y es el caso que la cartera de D. Enrique no estaba bien provista. Por su posición de literato y director de revista tan importante, se veía obligado a pertenecer a unas cuantas sociedades a más del Ateneo. Sólo el alquiler del piso le llevaba ya un pico tremendo de la paga, y el resto de las cuatrocientas pesetas servía para ejercitar las potencias económicas de doña Rosario, su esposa. Pero en un Madrid, con criada, y vistiendo de levita el señor y de som-

libro que hojeaba volvióse hacia él. Su semblante descompuesto la asustó.

— Jesús, Enrique, ¿qué tienes?

D. Enrique tenía todo un río de hiel en la boca y un volcán de ira en el pecho; mas había de empezar por algo anodino.

— He sentido una indisposición, respondió; pero ya estoy mejor.

Y fijándose en el libro que leía su esposa añadió:

— ¿También te gusta esa obra? Aun es peor que *La Selva de la Muerte* y que *El Puente de Oro*.

— Ya sabes que tengo afición o debilidad por el estilo y las ideas de Vélez Ruimonte.

— ¡Estilo e ideas! ¡No los veo! Un adocenado, un miserable plagiario.

— No exageres; tú mismo has dicho que encuentras en ese autor modos tuyos de ver y aun de expresar. Anoche mismo me decías que esa idea expuesta en el último capítulo de *Torrentes de Luz* de que una misma es la necesidad humana al llevar en hombros a Belmonte, torero; a Carpentier, boxeador; y a Vives, compositor, es tuya; y, realmente, no hace ni tres meses que te la oí exponer mientras cenábamos.

— Sí, pero yo veo las cosas según una norma eterna, como es la belleza y el orden, y Vélez Ruimonte, maldito el orden que tiene; repite, machaca, masca las ideas y, pretendiendo ser sicólogo, es un sentimental insulso. En fin, no quiero que lo leas más: te lo prohibo en absoluto.

Y D. Enrique levantó el tono, y de buena gana hubiese levantado el bastón, que no había dejado aún de las manos.

No sabía cómo empezar la tormenta. Doña Rosario se quedó mirándole muy asombrada, y con su intuición adivinó que D. Enrique le ocultaba alguna cosa.

— Enrique, dijo, a ti te ocurre algo, y no me esperaba de ti que me lo ocultases, sabiendo como sabes el cariño que te tengo y la compenetración espiritual que siempre ha existido entre nosotros.

D. Enrique la miró sombríamente, dió un bufido de cólera y contestó:

— En efecto, algo me sucede.

— ¿Qué es ello? Vamos, habla, me tienes en ascuas.

— ¡Ya no soy director de la *Clásica*!

— ¿No?

— No.

— ¿Y por qué?

— ¿Lo sé yo? Necesidades del marqués de Navacubierta, que está chiflado por las obras de Vélez Ruimonte. ¿Qué hubiese querido? ¿Que yo las alabase en la *Clásica*? ¿Que las admitiese en la empresa? Que lo haga él si quiere, yo no.

— ¡Ah!

— Y ahora, Rosario, habré de trabajar en lo que salga, buscar otra cosa, pues no te figurarás que voy a vivir de...

La barbaridad se quedó dentro de la cabeza loca de D. Enrique, detenida por los ojos purísimos de doña Rosario y por la sonrisa picarescamente santa que se dibujaba en sus labios. D. Enrique miró aquellos ojos serenos, aquella boca preciosa, y su mirada se posó en la blanca garganta de su mujer, y se acordó de

la gargantilla de momentos antes, y de que una gargantilla buena había sido el deseo constante de doña Rosario. Entonces pintóse sin duda en su ros-

— Eres muy injusto, muy malo; pero te lo perdono, porque ahora no tendrás más remedio que reconocer el mérito de Vélez Ruimonte, que soy yo.

— ¿Tú, tú?, exclamó D. Enrique cubriéndose el rostro con las manos.

— Sí, yo; ¿de dónde te parece que iba a salir si no lo que gastamos, cuando tu sueldo viene justo para lo más elemental? Yo soy Vélez Ruimonte, a quien me has prohibido leer más. Gracias a mi último libro *Torrentes de Luz*, he asegurado nuestro porvenir; no he vendido la propiedad; tenemos el veinte por ciento de la venta, y se venden los ejemplares como pan bendito, y ya me he comprado, para celebrar el éxito, una gargantilla buena, la que siempre te pedía. ¡Mira!

— ¡Ah, perdón, perdóname, Rosario!, exclamó acongojado D. Enrique.

— ¿Perdón de qué? ¿De tus juicios críticos contra Vélez Ruimonte? ¡Si no vale la pena! ¡Tontín! ¡Mira, mira qué gargantilla!

— Preciosa; ¿te la pongo? ¿A ver? ¡Magnífica! ¡Dime otra vez que me perdonas!

— ¡Perdonado, hombre, perdonado!

#### OBRAS DEL ESCULTOR

JOSÉ CARDONA

Reproducimos en este número dos monumentos originales del celebrado escultor catalán y que se han erigido recientemente en la República Argentina, en Buenos Aires el primero y en San Martín el segundo. Son obras de género muy distinto una de otra; pero en las dos se patentiza por modo igual el talento de su autor, que ha sabido imprimir en cada una de ellas el carácter adecuado al objeto a que están respectivamente destinadas.

Sobrio de líneas, de concepción severa es el mausoleo que el gobierno argentino ha hecho construir en el cementerio de la Recoleta de la ciudad de Buenos Aires para perpetuar la memoria del Dr. Mauro Avellaneda, el ilustre estadista y ardiente patriota autor de la famosa liga contra el dictador Rosas, llamada la Coalición del Norte, a quien el tirano mandó fusilar en septiembre de 1841 después de la batalla de Tamacillá, en la que aquél fué hecho prisionero. Destácase en este monumento la figura del Dolor, hermosamente modelada y de un sentimiento intenso; la parte arquitectónica del mismo, con la pureza de su estilo, contribuye al buen efecto del conjunto haciendo resaltar toda la belleza de la escultura principal.

El monumento al libertador general San Martín ha sido levantado en el pueblo de este nombre próximo a Buenos Aires y costeado por suscripción pública. Sobre un gran bloque de granito descansa la estatua ecuestre del general; la figura de éste va envuelta en la bandera argentina y su caballo es guiado por la Libertad. En las caras laterales del basamento están inscritas las fechas del nacimiento y de la muerte del prócer, los nombres de las batallas en que venció y los de sus gloriosas campañas.

La altura total del monumento es de 7,70 metros; la de la estatua ecuestre, de 2,20. Esta estatua y la de la Libertad son de bronce; el basamento es de mármol.

La impresión que en conjunto produce este monumento es de grandiosidad, dentro de una gran armonía de proporciones. La figura del libertador resulta majestuosa y de admirable naturalidad; el caballo está modelado vigorosamente, y la estatua de la Libertad que lo guía es de corrección verdaderamente clásica.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que ya en otras ocasiones se ha honrado reproduciendo y elogiando obras de Cardona, se complace hoy en reiterar al celebrado escultor sus más sinceros plácemes.



Damas enfermeras de la Cruz Roja japonesa recientemente llegadas a París (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



París. — El general Riciotti Garibaldi (1) revistando las Sociedades de Preparación militar acompañado de su hijo el coronel Pepino Garibaldi (2). (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

causaba a D. Enrique quedarse sin empleo, acercóse a él, le abrazó cariñosamente y le dijo:

— Eres muy injusto, muy malo; pero te lo perdono, porque ahora no tendrás más remedio que reconocer el mérito de Vélez Ruimonte, que soy yo.



Monumento erigido al libertador general San Martín en el pueblo de su nombre (República Argentina)

Obra de J. Cardona, premiada en concurso internacional. (De fotografía de F. Serra.)

LA GUERRA EUROPEA

Veamos el balance de las operaciones efectuadas en Francia durante la semana última. La artillería belga destruye una granja ocupada por los alemanes; en la carretera de Bethune a La Bassée, los franceses recobran un molino de que se habían apoderado los alemanes; en Champaña, tienen que abandonar un bosque que habían tomado, porque una tempestad de nieve impidió enviar refuerzos para resistir los contraataques de fuerzas enemigas superiores; en los Vosgos, ocupan una trinchera; y en la región de Pont-a-Moussón (Lorena), toman una trinchera y una altura próxima. Esto dicen los comunicados oficiales franceses. Los partes oficiales alemanes, a su vez, dicen que al Sur de Iprés toman 900 metros de posiciones de los aliados y recobran una trinchera; que ganan terreno en el Argona; que toman unas trincheras al Nordeste de Verdún y arrojan 100 bombas sobre las fortificaciones de esta plaza; que ocupan el pueblo de Norroy, al Nordeste de Pont-a-Moussón, y los pueblos de Hilsen y Obersengern en los Vosgos; y que desalojan a los franceses del pueblo de Remspach (Alsacia).

Aparte de esto, ha habido los acostumbrados dueños de artillería y ataques y contraataques de posiciones. No se ha efectuado, pues, ninguna operación de verdadera importancia.

Mayores proporciones ha alcanzado la lucha en el teatro de la guerra del Este, en donde la suerte ha sido poco favorable a los rusos. Los alemanes han conseguido grandes ventajas en la Prusia oriental, obligando a los rusos a abandonar precipitadamente las posiciones que ocupaban al Este de los lagos masurianos, haciéndoles 26.000 prisioneros y tomándoles 20 cañones y 30 ametralladoras, expulsándolos de Piktupoenen y persiguiéndolos muy de cerca y activamente. También en Polonia los alemanes han emprendido una enérgica ofensiva, obligando a los moscovitas a retroceder en muchos sitios, atravesando el río Skrwá en su parte inferior, tomando las ciudades de Sierpc y Racionz, y haciendo a los rusos numerosos prisioneros y tomándoles algunos cañones.

Los austriacos, a su vez, reforzados por los alemanes, han cañoneado las posiciones rusas a orillas del Dunajek ganando terreno alrededor de Tarnow (Galizia); en la Bukovina han realizado notables avances, ocupado la ciudad de Wama, y después de haberse abierto paso por terrenos montañosos, han

recuperado casi toda aquella provincia habiendo hecho al enemigo 2.000 prisioneros; y en los Cárpatos, después de muchos días de lucha han desalojado a los rusos del vértice situado al Norte de Valovce, les han rechazado con grandes pérdidas al Oeste del desfiladero de Urzok; les han tomado dos alturas de gran importancia estratégica en el desfiladero de Dukla, y han visto coronada por el éxito la ofensiva emprendida en los montes selváticos.

Los rusos confiesan haber retrocedido en la Bukovina por

en la región de Prizrend, avanzando en dirección a Zapold, Tapoliana y Glavotchaitz, y cortando en algunos puntos las líneas telegráficas y telefónicas. Ante la superioridad numérica de los invasores, las autoridades civiles y las tropas serbias hubieron de retirarse; pero reforzadas luego estas últimas, han logrado rechazar a aquéllos, desalojándolos de las posiciones que habían conquistado.

Según noticias oficiales turcas, unos destacamentos otomanos consiguieron pasar el Canal de Suez entre Tusum y Serapéum; durante la lucha, un crucero inglés fué alcanzado por las baterías turcas sufriendo graves averías. En el propio canal ha habido varios encuentros entre las avanzadas del ala izquierda turca y la infantería y caballería inglesas; si hemos de dar crédito a lo que dicen de Constantinopla, los ingleses hubieron de retirarse con bastantes pérdidas y los turcos avanzaron hasta un bosque de palmeras cercano a Korna, ocuparon una fortaleza y se apoderaron de 500 camellos.

Con motivo de la declaración del Almirantazgo alemán referente al bloqueo de Inglaterra y de las manifestaciones del ministro de Negocios Extranjeros británico declarando ilícito el empleo de los pabellones neutrales por los buques ingleses, hechos en que nos ocupamos en la crónica anterior, el gobierno de los Estados Unidos ha enviado a los de la Gran Bretaña y de Alemania sendas notas de protesta. En la primera, después de varias consideraciones rebatiendo en forma muy medida, la legalidad del uso

de pabellones extranjeros por buques beligerantes y señalando los graves peligros que esto significa para las potencias neutrales, dice: «Por consiguiente, el Gobierno norteamericano confía en que el gobierno de Su Majestad hará todo lo posible para impedir que los buques de nacionalidad británica hagan uso engañoso del pabellón de los Estados Unidos en la zona definida por la declaración alemana, ya que semejante práctica haría correr varios peligros a los barcos de una potencia amiga que navegasen en las aguas amenazadas y hasta implicaría responsabilidad para el gobierno británico por la pérdida de vidas y de buques americanos a consecuencia del ataque de una fuerza naval.»

En la nota dirigida al gobierno de Berlín, se llama la atención de éste, «en forma sinceramente amistosa, pero al mismo tiempo con la mayor franqueza y seriedad» sobre las graves eventualidades que encierra la declaración del Almirantazgo



Campamento de prisioneros alemanes en una isla de Bretaña. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

razones estratégicas y haberse visto obligados en la Prusia oriental a retirarse a las posiciones que ocupaban anteriormente en la región de los lagos masurianos; pero en cambio se atribuyen importantes éxitos sobre los alemanes que desde el frente del Bzura se dirigían a Varsovia y afirman haber causado enormes pérdidas al enemigo en la región de Koziwoska, rechazando los ataques de los austroalemanes en los Cárpatos y ocupando varias alturas fortificadas de estos montes.

Para explicar su retirada en la Prusia oriental dicen los rusos que obedece a las órdenes terminantes que tienen los jefes de cuerpo de no sacrificar inútilmente vidas humanas; y que por esto sus generales han preferido replegarse hacia los fuertes de la frontera antes que exponer sus tropas a un choque con los refuerzos considerables que en aquella región había acumulado el general Hindenburg.

Numerosas fuerzas albanesas han pasado la frontera servia



Perros sanitarios de la perrera de Félix Faure destinados a prestar sus servicios en el frente de batalla francés. (De fotografía de Branger.)



Infantería alemana en las trincheras de Craonne, que antes ocupaban los franceses. (De fotografía de Argus.)

alemán; se le recuerda que los beligerantes sólo deben ejercer el derecho de visita de los buques neutrales en alta mar, a menos que el bloqueo sea proclamado y efectivamente sostenido y se añada: «Si los comandantes de buques alemanes, so pretexto de que el pabellón de los Estados Unidos no se arbola de buena fe, destruyeran en alta mar buques americanos e hicieran peligrosa la existencia de súbditos de Norte América, sería difícil al gobierno de los Estados Unidos considerar tales actos como distintos a una violación en absoluto inadmisibles de los derechos de los neutrales, hecho incompatible con las relaciones amistosas que, por fortuna, sostienen ambos gobiernos. De surgir tan deplorable situación el gobierno imperial alemán comprenderá perfectamente que el de los Estados Unidos verá obligado a hacer a aquél responsable de los actos realizados; por sus autoridades navales y a adoptar todas las medidas necesarias para garantizar las vidas y haciendas de

sus nacionales y asegurarles el pleno goce de los derechos que en alta mar deben serles reconocidos.»

En París se ha celebrado la llamada «Jornada del 75», tomando el nombre del célebre cañón para realizar una obra benéfica cuyo objeto era allegar recursos con que hacer menos penosa la situación de los soldados que están en el frente de batalla. Multitud de señoritas se dedicaron a la venta de insignias, que consistían en una banderita con los colores nacionales y una reproducción del cañón de 75, y en medallas plateadas y doradas con la misma efigie. Unas y otras llevaban la inscripción «Jornada del 75. - 1914-1915» y el monograma T. C. F., iniciales del Turing-Club de Francia, organizador de la fiesta.



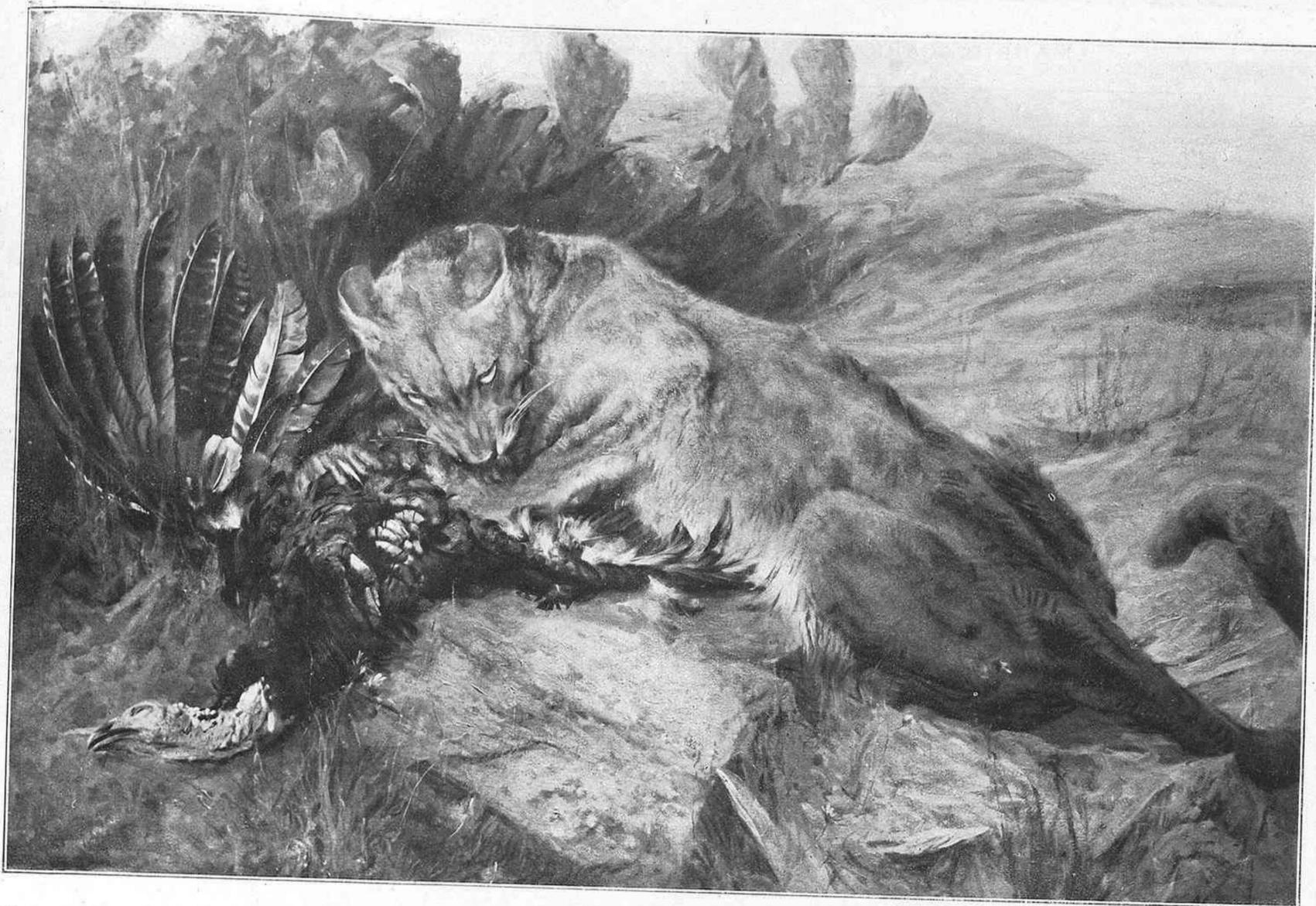
Alambradas que defendían Craonne y que los alemanes hubieron de romper para tomar esta población. (De fotografía de Argus.) - En el círculo, un episodio de la Jornada del 75 celebrada en París a beneficio de la Obra del Soldado del frente de batalla. (De fotografía de Branger.)



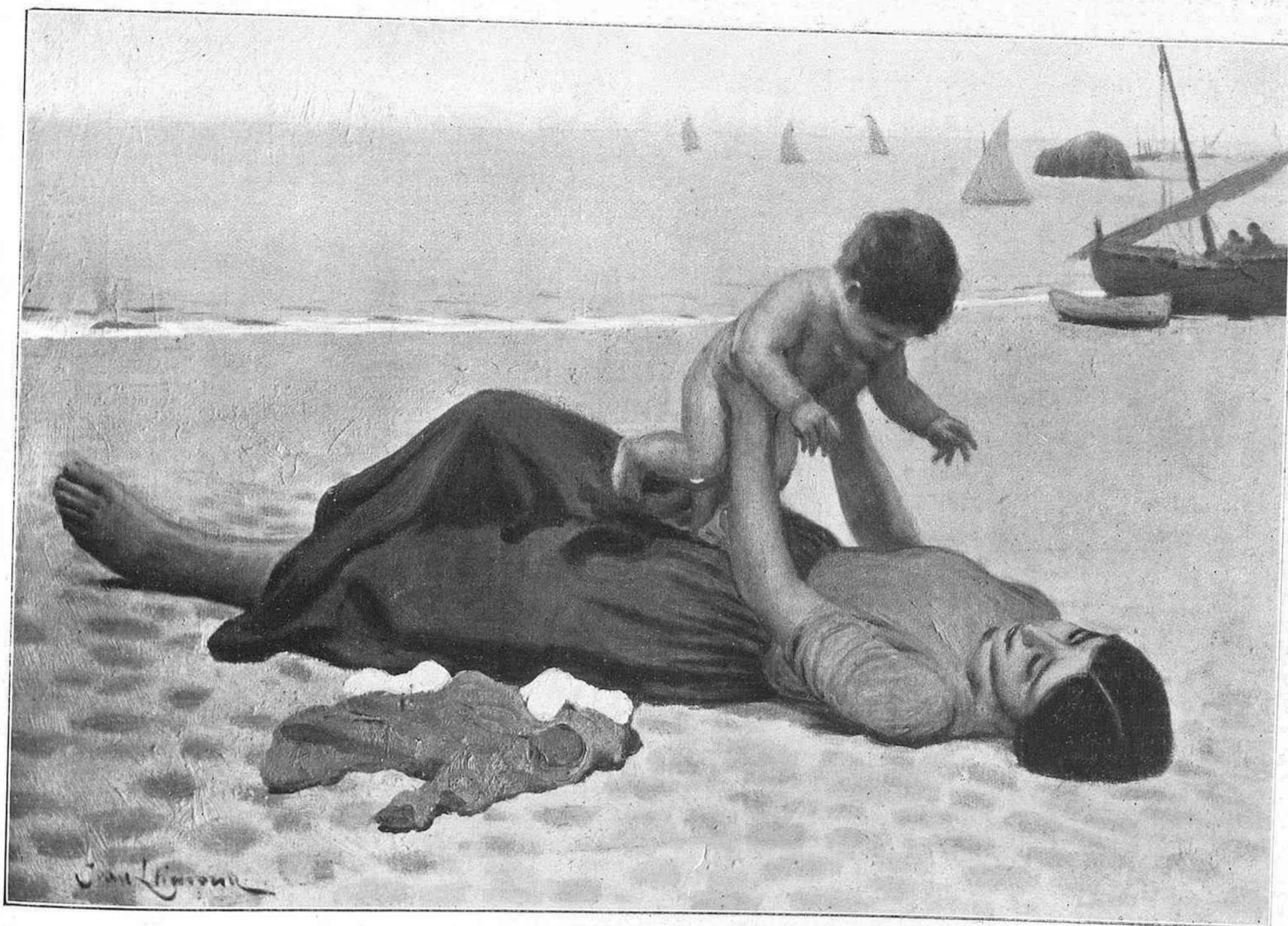
VERANO EN ANTICOLI, cuadro de F. Murillo Rams. (Exposición de la Academia Española de Roma.)



TRISTE VELADA, dibujo de Vicente Carreres



UN PUMA, cuadro de Arturo Wardle. (Exposición de la Real Academia de Londres. 1914. - Reproducción autorizada por los Sres. Cassell y C.<sup>a</sup> de Londres.)



EN LA PLAYA, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés. - De fotografía de F. Serra.)

MADRID. - CARNAVAL DE 1915. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



**Lámpara de porcelana**  
(primer premio de carruajes)

Aunque poco favorecido por el tiempo, no ha dejado de ser animadísimo el Carnaval de Madrid, y el Paseo de la Castellana, por donde desfilaron los coches, carrozas y máscaras, se vió concurrido por una gran muchedumbre.

Fueron en gran número los vehículos adornados que se disputaron los premios; en la imposibilidad de describirlos todos, diremos algo de los que resultaron premiados, y entre los cuales figuran los que en esta página reproducimos.

**CARRUAJES.** Obtuvo el primer premio el automóvil titulado *Lámpara de porcelana*, que representaba un artístico centro rematado por un quinqué con una preciosa pantalla; la lámpara iba sostenida por dos holandeses y llevaba en el centro un precioso reloj. Ocupaban el automóvil el Dr. Gereda y su familia.

El segundo premio fué adjudicado a un precioso aeroplano, de D. Mariano Baujón, que llevaba por título *En busca de aviadores*. El aeroplano estaba montado sobre ocho bicicletas; a los costados del mismo



**En busca de aviadores**  
(segundo premio de carruajes)

y algunos moros, unas y otros vestidos con trajes auténticos y tomando el te.

*Canarios saliendo del nido*, de los señores Jiménez Oliva, que alcanzó el tercer premio, figuraba un grupo de polluelos representados por bellas señoritas.

Entre los demás coches y carrozas no premiados llamaron especialmente la atención, por su riqueza, por su buen gusto o por su originalidad, los siguientes: *De la bella Holanda*, idilio holandés con su molino y sus campesinos y campesinas; *Cerezas*, de D. Santos Frutos: un gran cerezo cuya fruta recogían bellas muchachas; *A Roma por todo*, de D. Anastasio Santos, con varias vestales ataviadas con lujo y propiedad; *Los más frescos*, de la señora de Roda: un trozo de la sierra de Guadarrama que escalaban varias alpinistas; *Miau*, del Dr. Botella; sobre un tejado de una casuca medio derrumbada, varias gatas madrileñas huían de los galanteos de enormes gatazos; *Bajo la parra*, del señor Sánchez: un parral en un patio andaluz cuyos dorados racimos cogían encantadoras



**Girasoles y mariposas** (tercer premio de carruajes)



**Juego de bolos**  
(primer premio de carrozas)

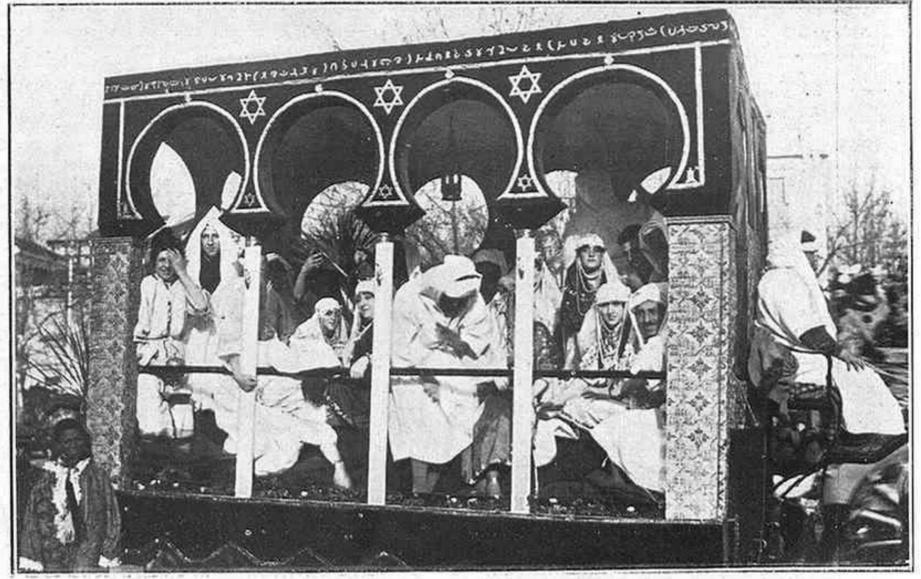
iban algunos aviadores; las aspas estaban adornadas con flores.

*Girasoles y mariposas*, coche del Sr. Gómez Luengo, fué recompensado con el tercer premio; iban en él algunas bellísimas señoritas tocadas con girasoles y ostentando en el pecho esta flor, que también servía de adorno al carruaje.

Los demás premios destinados a carrozas fueron adjudicados a los que llevaban por títulos *Mariposas*, *Ideal*, *Rosas*, *Razia* y *Segoviano*.

El primer premio de carrozas se concedió a la titulada *Juego de bolos*, de D. Rafael Moya, que representaba un enorme *pierrrot* tendido y rodeado de varios bolos.

Fué otorgado el segundo al *Salón moro*, verdadera obra de arte dirigida por el teniente de artillería D. Carlos L. Bourbón, eficazmente auxiliado por el aviador militar capitán D. Carlos Cifuentes. En una estancia morisca, dispuesta con gran propiedad, había ocho lindas huérfas



**Salón moro**  
(segundo premio de carrozas)



**Canarios saliendo del nido** (tercer premio de carrozas)

señoritas; *Peponas incasables*, de D. Rodrigo Bastida: colección de muñecas dentro de sus respectivas cajas; *Centro de mesa*, de D. Basilio Edo: vaso de porcelana de Sevres con grandes rosas artificiales; *¡Te la digo, resalao!*, del Sr. Castillo: grupo de gitanas que iban diciendo la buenaventura; *Al son del pandero*, de D. Manuel Pastor: grupo de húngaros y húngaras con un oso; *Amarillo sí*, de las señoritas Meneses; *La alegría de las rosas*, de la señora Rodríguez; *Amapolas*, de los señores de Concha; *Entre hortensias*, de los señores Draga y Uceda; *Girasoles*, del señor Montells; *Azul y negro*, del señor Zapatero; *Cesta segoviana*, del Sr. González; *¡Quién caerá en el lazo!*, de la señora de Alvarez; *Flores y mariposas*, del Sr. Piquer; *El peligro amarillo*, de las señoritas de González; *Coche rojo*, de la señora de Loigorri; y *¡A la plaza!*, del Sr. Muriel.

## LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



En el momento en que iba a subir al coche...

Dournof hizo un gesto enérgico.

— Te casarás, insistió ella, y harás bien. Tendrás hijos que serán tu imagen, y harás de ellos verdaderos hombres como tú... Entonces, si Dios me permite verte en la tierra, seré completamente feliz, completamente, ¿entiendes?

Al día siguiente, como ella misma había pronosticado, Antonina murió sin sufrir mucho; hacía largo tiempo que había apurado la copa de la amargura.

Su muerte, aunque prevista desde hacía tanto tiempo, fué un terrible golpe para la familia. En el cuarto mortuario, el más vasto y hermoso de la casa,

en que se había expuesto el cadáver sobre una larga mesa, el viejo Karzof, atontado, iba y venía, tocando las manos de su hija y no pudiendo persuadirse de que su rigidez era la de la muerte. La madre, inquieta por mil detalles, sentía menos su pena; la hora de los remordimientos debía empezar para ella cuando la casa quedase otra vez puesta en orden y cuando ninguna preocupación ni cuidado material la distrajeran ya de su dolor.

Dournof, que desde hacía cinco noches no había dormido una hora de cada veinticuatro, seguía velando junto al cuerpo de Antonina, con el diácono

encargado de leer las paces. El diácono era reemplazado cada tres horas, y Dournof permanecía allí. De vez en cuando, se levantaba de la silla en que estaba sentado, y se acercaba a la joven muerta; arreglaba una cinta, un pliegue de su blanco vestido nupcial; cambiaba de sitio una de las flores esparcidas sobre el cuerpo y sobre la mesa, y luego, piadosamente, como quien besa una reliquia, besaba la frente y las manos de Antonina, y se volvía a su sitio. El sueño le sorprendía a veces; entonces apoyaba la cabeza contra la pared y dormía algunos instantes. Pero se reprochaba aquellos minutos roba-

dos a la contemplación de los adorados restos que iban a quitarle.

Al tercer día, en efecto, la casa se llenó de parientes y amigos, y el cadáver fué llevado a la iglesia en su féretro forrado de raso blanco.

La malograda joven estaba tan hermosa, sus facciones habían adquirido una expresión tan angélica, que a nadie se le ocurrió cubrirle el rostro. Se echó simplemente sobre ella el velo de muselina que la rodeaba, y, a la radiante luz del sol de junio, tomó así, ataviada como para la boda, el camino de la pequeña iglesia.

Durante las exequias, Dournof, sin apartarse nunca del féretro, le miraba celoso. Cuando, según la costumbre del país, los acompañantes vinieron a dar el beso de adiós a la muerta, él se inclinó después de los parientes, como era regular, sobre las manos de cera de su novia, y dejó pasar la multitud.

Cuando el último de los concurrentes hubo cumplido aquel piadoso deber, los sacristanes se acercaron con la tapa. Dournof les apartó con un gesto.

—¿No queda nadie?, preguntó en voz baja.

Le miraron con extrañeza, pero nadie contestó.

Entonces se inclinó sobre su prometida y besó amorosamente la frente pura, las mejillas demacradas y los dedos afilados de Antonina, después de lo cual cogió la tapa con una especie de rabia, y, sin esperar ayuda, la atornilló sólidamente.

Los parientes más próximos de la muchacha habían comprendido sus deseos y no opusieron obstáculo: después de los labios de Dournof, nada rozó ya el rostro de la que él no había podido obtener como suya.

Una voz se dejó oír cerca de él, mientras se llevaban a Antonina hacia la fosa, abierta según sus deseos en el sitio en que daban los últimos rayos del sol poniente:

—Sólo tú y yo la hemos amado; los otros no la han conocido.

Dournof se volvió y encontróse en frente de la Niania. Ésta tampoco lloraba, pero la alegría de su vida acababa de desaparecer en la profundidad del sepulcro.

#### XVI

Los Karzof no habitaron mucho tiempo la casa en que su hija había exhalado el último suspiro. Muy diferentes de Dournof, que hubiera pasado su vida en el cuarto de Antonina contemplando el sitio en que ésta había cesado de vivir, les hubiera sido penoso encontrarse sin cesar en un punto que les recordaba las angustias de los últimos días. Se volvieron a la ciudad, y la señora Karzof, práctica como siempre, alquiló su casa de campo a unos comerciantes ingleses que no habían podido encontrar ninguna a causa de lo avanzado de la estación. Reinstalados en Petersbugo, reanudaron su existencia habitual.

Karzof iba a su oficina por la mañana, desempeñaba maquinalmente su trabajo, reprendía a algún escribiente descuidado, ponía firmas, daba apretones de manos y regresaba a su casa.

En su domicilio, nada parecía cambiado; pero antes el piano de Antonina, hoy mudo, se dejaba oír desde los primeros peldaños de la escalera; al campanillazo del padre, la música cesaba bruscamente, y, en la puerta abierta del salón, el buen hombre veía aparecer la silueta de su hija... Ahora, entraba solo, cabizbajo, entregaba su abrigo a la Niania, constantemente triste y severa, y atravesaba el salón sin mirar en torno suyo: no había objeto alguno en aquella estancia que no le hablase de su hija perdida.

Karzof iba a buscar a su esposa, la cual, sentada junto a la ventana, usando lentes para proteger sus ojos súbitamente cansados por el llanto, hacía medias de lana para su hijo y su marido... El padre se sentaba al lado de ella, exhalando un suspiro de pena y de fatiga, y, siguiendo una costumbre de treinta años, se hacía referir los sucesos acaecidos durante su ausencia.

¿Qué decirle? Ya no sucedía nada. Antes, la casa estaba llena de movimiento y de vida. Las jóvenes amigas de Antonina y sus hermanos iban y venían sin cesar; no se pasaba día en que la campanilla no tocase diez veces; pero ya ¿quién podía venir? Juan huía de casa, de aquella triste casa llena de recuerdos dolorosos, y no volvía hasta la noche. Se reprochaba a veces el abandonar de aquel modo a sus padres, pero no le gustaba encontrarse con ellos; la vista de su pena, lejos de inspirarle compasión, despertaba en él una sorda cólera.

«Su insensatez, decía para sí, su amor propio ciego perdió a nuestra pobre Antonina.»

Y la compasión acababa de morir en su corazón. Juan era de los que no comprenden los errores de la ignorancia. La educación que había recibido y sus

facultades naturales le ponían muy por cima del nivel de sus padres. No se jactaba de ello, pues tenía demasiado talento para estar vanidoso de una superioridad que no le pertenecía propiamente, pero no comprendía las debilidades e imperfecciones de una sociedad menos ilustrada; podía excusarlos, pero no apiadarse de ellos.

Después del primer atontamiento del dolor, la señora Karzof no tardó en sublevarse; no podía soportar la idea de tener culpa; su amor propio, que durante su vida entera sólo había sido puesto a prueba en circunstancias poco importantes, no podía dejarle soportar la idea del menor error posible. Reflexionó durante varias semanas, defendiéndose de la acusación que su propia conciencia le dirigía, y a fuerza de buscar, encontró otro culpable de la muerte de Antonina.

—Oye, Karzof, dijo a su marido, una noche en que, después de su comida solitaria, los dos esposos se encontraban solos en el gabinete del marido; ¿sabes que sin Dournof nuestra Antonina estaría aún aquí, hermosa y viva?

Karzof movió tristemente la cabeza; su conciencia no era tan acomodaticia como la de su mujer, pero no quería contrariar a su consorte. El buen señor guardó silencio.

—Sí, repitió la señora Karzof; Dournof tiene la culpa de que hayamos perdido a nuestra hija. Él la arrastró a aquel amor absurdo; si hubiese tenido un poco de corazón, hubiera comprendido en seguida que nuestra hija no era para él, y se hubiera mantenido a la distancia conveniente... Lo dije desde un principio, y lo sostengo: era un buscador de dote.

—Antonina no era muy rica, objetó tímidamente Karzof; creo que la amaba por ella misma.

—Tú no entiendes de eso, repuso con vehemencia la madre irritada; si la hubiese amado por ella misma, hubiera preferido la felicidad de nuestra hija a su propia felicidad, y hubiera sido el primero en aconsejarle que hiciese un casamiento sensato, un casamiento a satisfacción de todo el mundo... Pero no pensaba más que en sí mismo, el egoísta.

—La amaba, dijo suavemente el viejo.

—¿La amaba! ¿Y qué? Yo también la amaba, y porque la amaba, quería yo verla rica y bien casada. ¡Qué amor es ése que no sabe más que perjudicar!

Karzof pensó que había amado a su mujer con un amor parecido al de Dournof, y que cuando se la concedieron, a pesar de que ella no le amaba a él, su felicidad había empezado por ser muy egoísta. Pero las ideas del viejo no eran muy claras de algunos años a entonces, y si bien comprendía que su mujer no tenía razón, era incapaz de decirselo. Así es que siguió callando.

Hacia un momento que la Niania había entrado en el gabinete y había empezado a preparar el servicio del te; pero la señora Karzof no reparó en ella y continuó:

—Dournof tiene la culpa de nuestra desgracia; su necia obstinación impulsó a Antonina, ¡pobre criatura!, a buscar la muerte; es un miserable y un cobarde; no obraba más que por inercia.

La Niania se detuvo cerca de la mesa y miró a la señora Karzof. Ésta, arrebatada por su cólera, prosiguió:

—Quería casarse con Antonina, pero con nuestra bendición, pues temía verla desheredada, y, sin dote, no le hacía falta...

—Señora, dijo de pronto la voz grave de la Niania, usted ofende a Dios.

—¿Eh?, exclamó la madre, que no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—Ofende usted a Dios calumniando al inocente. Dournof amaba a Antonina por ella misma; le propuso huir...

—¡Ojalá le hubiese escuchado!, gimió la infeliz mujer; aun viviría y yo la hubiera perdonado.

—Usted había dicho a la pobre santa, que está en el cielo, que su maldición la seguiría a todas partes si se casaba sin su consentimiento; creyó en las amenazas de usted, e hizo mal, puesto que usted misma acaba de decirlo.

La señora Karzof no supo qué contestar. Su marido escuchaba en silencio, comprendiendo apenas lo que pasaba en torno de él.

—Tiene usted un carácter como las demás mujeres, continuó la Niania: grita usted mucho y cede luego a quien la alhaga; ni Antonina ni el elegido de su corazón tenían semejante carácter; escuchaban, callaban y obedecían por penoso que fuese el hacerlo; pero lo que usted pedía aquí, era contrario a la voluntad del Señor. Sí, hicieron mal en creer lo que usted decía; sí, hubieran debido desobedecerlas, pero Antonina era una hija demasiado sumisa; prefirió morir a pecar.

El Sr. Karzof sollozaba en su pañuelo, y por sus mejillas rodaban lágrimas de las cuales no hacía caso.

—¿Decía usted, hace un momento, que Dournof tiene la culpa de la muerte de nuestro ángel? No es verdad, señora, y usted sabe muy bien que eso no es verdad. Antonina murió de pena, por culpa de usted, señora. Ella había dicho a usted que se moriría de pena, y usted no quiso creerlo, porque usted había dicho lo mismo cuando no la deaban casarse a su gusto; pero usted hubiera debido saber que ella tenía un carácter diferente del de usted. Nuestra Antonina no decía palabras inútiles; hacía todo lo posible y obraba de la mejor manera que podía sin decir nada. Sí, mataron a nuestra Antonina, y quien la mató fué su madre.

—¡Niania! ¡Niania!, exclamó la señora Karzof levantándose del sillón.

—No me asusta usted, dijo con calma la vieja criada. He llorado tanto que no me importa morir, y, además, usted no me hará ningún daño. Pero repito que fué usted la que mató a Antonina.

—¡Sal de aquí!, exclamó la señora Karzof. ¡Imprudente! ¿Te atreves a censurar a tus amos? Te despidió ahora mismo. ¡Vete!

—Mujer, intercedió el viejo, la Niania nos quiere, ha criado a nuestros hijos..., desatina, déjala tranquila...

—¡Sal de esta casa!, repitió la matrona irritada. Te despidió. Tú eres la causa de nuestra desgracia; tú arrastraste a nuestra inocente al mal...

—¡Ah!, señora, dijo la vieja criada haciendo la señal de la cruz. ¡Dios le perdone lo que dice! Me voy..., me voy... y sin el menor pesar. El señorito Juan vuela ya con sus propias alas... ¡Ay!, el nido está vacío... Me voy, señora.

La vieja criada se inclinó hasta el suelo ante aquella a quien había servido durante treinta años, se incorporó en una actitud digna y salió. Momentos después, una joven camarera, tomada durante la enfermedad de Antonina, entró con aire de extrañeza, llamada por primera vez a prestar aquel servicio, y acabó de preparar el te.

La señora Karzof, más contrariada que irritada por el momento, calló durante un rato. Luego, no pudiendo contenerse, preguntó:

—¿Dónde está la Niania?

—Ha salido, señora, contestó respetuosamente la muchacha.

—¿Adónde ha ido?

—Lo ignoro, señora; no lo ha dicho.

Karzof miró a su esposa con aire de reconvención; ella apartó la vista, y continuó haciendo media sin añadir una sola palabra.

#### XVII

Dournof estaba solo en su cuarto; después de un día de trabajo asiduo, había apartado los papeles que cubrían su escritorio, y, con la frente apoyada en ambas manos y los ojos fijos en el vacío, reflexionaba.

Era la hora que él consagraba a sus recuerdos; después del día, empleado en diligencias, en gestiones, en el estudio de expedientes, en la preparación de sus defensas, se concedía un momento de descanso a la puesta del sol.

Durante aquellos calurosos días de verano, tan tristes en la ciudad, una afluencia continua de coches llevaba hacia las islas a los paseantes ansiosos de frescura y de verdura. Pero Dournof no iba allí a ver la puerta del sol, como es costumbre; permanecía en su casa, solo, concentrado en sus pensamientos, y revivía las breves semanas en que había apurado la copa de la dicha más amarga, al lado de la amada que le devolvían y que tan pronto debía perder para siempre.

El lejano rodar de los coches sobre el puente Troitsky hacía un sordo acompañamiento a la melancolía de sus pensamientos, y no solía acostarse sino muy entrada la noche, cuando el ruido de carruajes se había extinguido y el Oriente se matizaba con una faja rojiza anunciadora de la próxima salida del sol.

Después de la primera efervescencia aguda del dolor, Dournof, según la marcha ordinaria de los sentimientos humanos, había llegado a ese período del duelo en que se encuentra una amarga voluptuosidad en abismarse en los recuerdos más desgarradores; se complacía en representarse a Antonina agonizante, trataba de renovar el recuerdo de la última mirada tan tierna y tan desesperada de la pobre criatura, que le buscaba todavía cuando el alba de la muerte se extendía sobre sus ojos ya ciegos; esto es lo que quería evocar en su memoria, y, en aquellas fúnebres imágenes, en tanto que su corazón

atormentado se retorció en la angustia, le parecía acercarse a la idolatrada muerta, al menos por el martirio que sufría.

Los rayos del sol habían abandonado el cuarto, y el polvo del día caía lentamente para descansar sobre el antepecho de su ventana abierta, cuando oyó llamar. Sacudió los hombros, maldijo al importuno y permaneció inmóvil.

La campanilla se agitó de nuevo después de un corto silencio. Dournof vaciló, hizo un movimiento para levantarse, pero le costaba trabajo hacer entrar a un importuno y alejar su tristeza, para contestar a algún ocioso venido por casualidad; volvió a apoyar su cabeza en su manos, y quiso reanudar su meditación.

Un tercer campanillazo, estridente y precipitado como llamamiento de un alma en peligro, le hizo estremecer. A pesar suyo, se levantó lentamente y fué a brir.

— ¡Niania!, exclamó al ver a la anciana en el rellano de la escalera. ¡Niania! ¿De dónde vienes? ¡Entra, mi buena Niania!

Ella le siguió al gabinete.

— Siéntate, le dijo Dournof. ¿Qué me quieres, amiga mía? ¡Ah!.. ¡Cuánto me alegró de verte!..

Calló, sofocado por sus pensamientos. Quería sinceramente a aquella anciana que había sido la verdadera madre de Antonina. Inconscientemente sentía respeto por aquella boca austera, que les había dirigido las palabras que preservan de la caída, y había pronunciado sobre la moribunda las últimas oraciones que impresionan el oído humano. Sentía respetuoso cariño por aquellas arrugadas manos, ya temblorosas, que habían amortajado el cuerpo de su amada, por aquellos ojos que habían velado su agonía y llorado sobre su féretro; aquella anciana era todo lo que sobrevivía en la tierra, de cuanto él había amado, pues los padres de Antonina no eran nada para él.

— No me sentaré, dijo la anciana, que permaneció de pie; tengo un favor que pedirte, y no se piden gracias estando una sentada.

— ¿Un favor? Todos los que quieras. No soy rico, pero cuanto poseo...

La vieja hizo un gesto con la mano.

— No es dinero lo que necesito, ni nada semejante. He venido a pedirte si quieres que sea tu criada.

— ¿Mi criada?, dijo sorprendido el joven.

— Sí, repitió la vieja, inclinándose hasta tocar el suelo con su mano caída, tu criada, hasta mi muerte, que espero no tardará en venir. No quiero sueldo, tengo mucha ropa, te pido el pan y la sal, y quiero servirte.

— Acepto con mucho gusto, contestó Dournof sin salir de su asombro; pero ¿por qué? ¿No quieres estar en casa de los Karzof?

— Ella me ha despedido, dijo la Niania, contestando más bien a su pensamiento interior que a la pregunta de Dournof: ella me ha despedido; aseguro que tú y yo somos culpables de la muerte de nuestro ángel; ya ves que no podemos menos de vivir juntos. ¡Unos paganos como nosotros!.. ¡Ah!

Terminó su frase con un gesto de una amargura indecible.

Dournof la miró, y leyó en sus ojos un resentimiento profundo contra sus amos. Toda la fidelidad que la gente rusa pone en sus señores se había concentrado en Antonina, y ésta se la había llevado a la tumba.

— Ven, dijo él con bondad; ven y hablaremos de ella. Nosotros dos la queríamos de veras...

La Niania cogió la mano del joven y la llevó a sus labios antes de que él hubiese podido retirarla.

— Tú eres mi amo, dijo ella; voy a decir a los de allá que estoy a tu servicio. Volveré mañana. ¿Puedes albergarme?

— Ahí, dijo el joven abriendo la puerta de una piecita oscura donde él guardaba su ropa y algunos libros.

— Está bien, dijo la Niania. Verás cómo te cuidaré bien.

Sin añadir más palabras, la vieja salió. Al día siguiente, volvió con un lío de ropa, y se instaló en casa del joven.

— ¿Qué dijeron?, le preguntó éste con bastante curiosidad.

Ella hizo un gesto desdeñoso.

— Que yo era una ingrata, una mala mujer, una miserable... El viejo lloraba; por él, yo me hubiera quedado, pero ella..., no puedo verla.

— Sin embargo, es digna de lástima, murmuró Dournof.

— Ella se tiene la culpa. Peor para ella, replicó furiosa la vieja. Todos sufrimos a causa de ella, pues que sufra también. Nada más justo.

Dournof no volvió a ver nunca a los Karzof: poco

tiempo después, el viejo tomó el retiro, y seis semanas más tarde murió, más de fastidio que de pena.

La señora Karzof, acosada por los remordimientos que no quería aceptar, siempre en lucha consigo misma, siempre irritada contra los otros, se retiró a casa de una parienta provinciana.

Juan era el único que había conservado su amistad a Dournof y su cariño a la vieja criada.

De vez en cuando, iba a verlos, y los tres pasaban una hora saboreando la amargura de los recuerdos. Pero obtuvo una plaza de sustituto de promotor fiscal en una provincia, y Dournof se encontró solo con la vieja criada, para librar a la vida la gran batalla en que hay que vencer o morir.

## XVIII

El joven no era de los que sucumben: una robusta vitalidad, unida a aquella energía tranquila que tanta constancia le había dado en su amor, le inspiró el valor necesario para pasar por todas las pruebas. Conoció días de miseria, pues durante la enfermedad de Antonina había gastado su pequeño capital para vivir y procurar algunas satisfacciones a la pobre muchacha; la vieja criada y él tuvieron más de una vez por toda comida un puñado de farro negro comprado al fiado; pero el amargo pan del trabajo infructuoso, lejos de debilitarle, parecía redoblar sus fuerzas.

Durante aquellos meses de prueba, la Niania conoció que no se había equivocado al elegir a Dournof por amo, y de día en día le quiso cada vez más.

Un trabajo asiduo vence todos los obstáculos: esta divisa, la de Dournof, acabó por triunfar; año y medio después de la muerte de Antonina, un proceso curioso puso de manifiesto su talento, y, como sucede con frecuencia, desconocido la víspera, fué célebre al día siguiente.

Las consultas y solicitudes afluyeron de todas partes; recibió ofrecimientos del ministerio de la Justicia, y no pudiendo dar crédito a su propia experiencia, se vió magistrado del Tribunal de Recursos de Urgencia sin saber cómo.

Se habló de postergación, de falta de respeto a la jerarquía, los descontentos fueron numerosos; pero el ministro tapó la boca a todo el mundo con una palabra:

— Que los que tengan más talento lo prueben, y los colocaremos más alto todavía.

Dournof no era ya una especie de paria, recibido por pura benevolencia en una sociedad superior a su rango. El señor presidente Dournof, un hombre notabilísimo, que había dado pruebas de sagacidad verdaderamente extraordinarias; así es que todo el mundo tenía a satisfacción y orgullo el encontrarse con él. La alta aristocracia se mostraba algo reservada con el «advenedizo», pero aquellos obstáculos debían borrarse con el tiempo.

El joven presidente mostró en su nueva fortuna la misma calma que le había acompañado en la adversidad.

El armiño no se le subió a la cabeza. Siempre acompañado de la Niania, que se había gastado la mitad de sus economías en encender cirios por él, en la época de su infortunio, tomó un piso conforme a su nueva situación; un criado abrió ahora la puerta a las visitas, una cocinera finlandesa había reemplazado a la Niania en la cocina, y ésta, elevada a las funciones de ama de gobierno, no cuidaba más que de la ropa blanca y de la alta dirección de la casa; pero el joven conservó la misma sencillez de porte y el mismo despego a las cosas materiales. El duelo que seguía llevando en su corazón le impedía prestar mucha atención a los goces exteriores.

Durante sus días de lucha, cuando se sentía desfallecer, había tenido un refugio contra las debilidades de un espíritu en excesiva tensión y de un corazón quebrantado de fatiga. Cuando, después de un día pasado en un trabajo ingrato, le dolían los ojos y se sentía con la cabeza pesada, partía al atardecer, en verano, y echaba a andar por el camino de Pargolovo.

Aquel trayecto, cien veces recorrido, no le parecía largo: conocía cada parte del camino; era para él una especie de viacrucis, donde había sostenido en brazos a Antonina desfallecida. La noche de verano, clara y serena, inundaba lentamente la campiña; veía obscurecerse poco a poco la atmósfera que se volvía más bien gris que negra, y bajo aquella semclaridad de las noches del Norte, en que se puede leer todavía un libro a media noche, proseguía su excursión solitaria.

El cielo se sonrosaba en el Oriente cuando, a cosa

de las dos de la madrugada, llegaba él al cementerio; nada dificultaba su entrada; en Rusia se cuidan poco de proteger las tumbas, pues las violaciones de sepulturas son rarísimas; subía la vertiente de la colina y llegaba a la cruz de hierro plantada en un bloque de granito, que marcaba el sitio de reposo de Antonina.

Allí, sentado sobre la piedra sepulcral, confiaba a la querida muerta sus penas, sus ilusiones perdidas, sus desfallecimientos de la víspera... Lloraba, sin avergonzarse de sus lágrimas, sobre aquella tumba en que descansaba lo mejor de sí mismo; el sol naciente le encontraba allí, y, a aquella hora en que el alma de la muchacha había volado al cielo, vertía a raudales sobre aquella tumba los sentimientos que rebotaban de su alma desesperada; después regresaba a la ciudad, abatido, pero consolado, pues le había parecido oír aún las palabras de Antonina:

«Trabajarás, yo lo quiero; y serás un hombre útil a tu país.»

¿Qué flaqueza era posible ante aquel valor indómito que no había cedido más que a la muerte? Avergonzado de su debilidad, Dournof regresaba a su casa y se ponía a trabajar otra vez con ahinco.

Por su traje cubierto de polvo, la Niania que le había esperado toda la noche, venía en conocimiento de la excursión funeraria que él había hecho; enjugándose los ojos fatigados en que siempre se encontraban nuevas lágrimas, la vieja le servía un almuerzo frugal, y le preguntaba en voz baja:

— ¿Está todo en buen orden, allá?

— Sí, contestaba Dournof.

Ella exhalaba un suspiro, le miraba con compasión y redoblaba sus cuidados para con él.

El invierno vino a interrumpir aquellas visitas a la tumba de Antonina; los caminos estaban casi impracticables a pie; sin embargo, Dournof fué varias veces en trineo.

Dejaba su vehículo en la posada y subía solo, por la nieve blanda, la colina que dominaba el lago, entonces helado e inmóvil. Pero en aquella peregrinación, le estorbaba la presencia del cochero, a veces borracho, siempre grosero, que maldecía a media voz al que tenía la extravagancia de hacerle andar cuarenta kilómetros por aquellos caninos desiertos, en pleno invierno.

Dournof esperaba la primavera para volver al cementerio.

Apenas apuntaba la hierba, cuando él reanudó sus excursiones a pie. La fortuna aun no había cambiado para el joven; pero se sentía en vísperas del éxito: mil detalles insignificantes, precursores de aquella alba nueva, hacían nacer en su corazón aquella jovial impaciencia, aquel estremecimiento contenido, semejante al piafar de un caballo pronto a emprender su carrera y al batir del ave que se dispone a volar.

Aquel día, mezcló casi jovialmente con sus preces pronunciadas sobre la tumba de Antonina la expresión de sus esperanzas y de sus ambiciones, y le pareció que desde su fosa la joven muerta le contestaba:

«Yo sabía muy bien que sucedería así.»

El año siguiente, cuando recibió de improviso su nombramiento, como una púrpura romana echada sobre los hombros, quedó tan sorprendido, tan desconcertado por aquel inesperado honor, que durante algunos días le costó trabajo reponerse. Le parecía que todo lo que le rodeaba había cambiado de aspecto: y efectivamente, los que se le acercaban hablaban de otra manera; sus subordinados, que hasta la víspera habían sido sus iguales y hasta sus superiores, le trataban con un respeto a que él no estaba acostumbrado.

Toda esa bajeza que rodea a los elegidos del poder, lejos de envanecerle, le inspiró repugnancia.

«Soy el mismo que ayer, pensaba; ¿por qué han cambiado?»

Sin embargo, acostumbró a su nueva posición; al volver a su casa encontraba a la Niania, siempre la misma; cuando el súbito encumbramiento de su amo, le había felicitado sinceramente con ojos en que brillaba la alegría grave; pero no le mostraba ni una sombra de deferencia más que antes.

Su bondad familiar continuaba arreglándolo todo en torno de él según sus costumbres, amoldándose a los cambios que su nueva posición requería; pero no había obtenido ni una reverencia ni una atención más. Así es que, cuando se sintió hastiado de las lisonjas oficiales, se dirigió a la humilde mujer.

— ¿Estás contenta, Niania?, le dijo una noche, al volver de un sarao celebrado en casa del ministro.

— Estoy contenta, contestó ella en tono grave. Pero es la difunta la que sería feliz.

(Se continuará.)



Comparsas, carruajes y máscaras premiados. - Genoveva de Brabante. - Hebreos. - Mercader argelino. - Carroza de la Compañía general de Tranvías  
 Un escarabajo. - Carroza del Carnaval nuevo, que figuraba en la cabalgata del Ayuntamiento. - Cuna, y Don Quijote enjaulado. - Murga. - Petit Trianón. - Húngaros. - Bañera  
 de los Sres. Lacoma hermanos



Lazo de unión Catalano-aragonesa, del Centro Aragonés (carroza premiada). - Un polluelo. - Muley Háfid y el elefante (carroza premiada)

BARCELONA. - EL CARNAVAL DE 1915

Bien puede decirse que el Carnaval de este año ha sido la resurrección de la tradicional fiesta que en estos últimos tiempos había decaído de un modo lamentable; y bien puede decirse también que a este resultado han contribuido todos los elementos que integran la vida social de nuestra ciudad, desde el Ayuntamiento hasta los particulares, desde las entidades y corporaciones hasta los industriales, aportando todos ellos su valioso concurso para dar mayor esplendor a las Carnestolendas y concediendo numerosísimos e importantes premios en metálico o en objetos de arte.

Durante los tres días de Carnaval, el Paseo de Gracia ha presentado así por la mañana como por la tarde el aspecto más brillante y más animado, habiendo circulado por la aristocrática vía, llena de una inmensa concurrencia, innumerables máscaras disfrazadas con el mejor gusto, originales comparsas, gran número de coches, automóviles y *side-cars* artística y caprichosamente adornados, y multitud de carrozas, en todas las cuales presidían la riqueza, el arte o el ingenio.

Es imposible hacer una descripción detallada de todo ello; los grabados de ésta y de la anterior página permitirán a nuestros lectores formarse idea de una parte, aunque muy pequeña, de lo que ha sido el Carnaval de 1915 en nuestra ciudad. Nos limitaremos, pues, a dar cuenta de los premios distribuidos.

**COMPARSAS:** primer premio, *Genoveva de Brabante*; segundo, *Húngaros*; tercero, *Murga*; cuarto, *A los toros*; especiales, *Niu Guerrer*, *Holandeses* y *Estudiantina*, del Ateneo Obrero de Gracia; extraordinario, *El príncipe marroquí con su séquito y un elefante*.

**BICICLETAS Y MOTOCICLETAS:** primer premio, *Príncipe moro*; segundo, *Cuna*; tercero, *Don Quijote enjaulado*; cuarto, *Niño en aeroplano*, y extraordinario, *Clown*.

**JINETES:** primer premio, *General húsar*; segundo, *Rifeño*; tercero, *Piel roja*; y especiales, *Picador* y *Arabe granadino*.

**MÁSCARAS SIN DISTINCIÓN DE DISFRACES:** primer premio, *Mercader argelino*; segundo, *Hebreos*; tercero, *Vendedor de tabaco*; cuarto, *Pequeño guerrero*, y especiales, *Montero*, *Halconero*, *Piel roja* y *Pareja de condes*.

**MÁSCARAS DE MÁS BUEN GUSTO DENTRO DE LA MAYOR SENCILLEZ Y ECONOMÍA:** primer premio, *Mazorca*; segundos, *Rúbano* y *Nabo*; tercero, *Titiana*; y accésits, *Año 1914*, *Pordiosero* y *Pensamiento*.

**REPRESENTANDO ANIMALES:** primer premio, *Escarabajo*; segundo, *El moro y el elefante*; especial, *Avestruz*.

**REPRESENTANDO PERSONAJES:** primer premio, *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*; especial, *Rusiñol*, *Casas* y *Clarabó*.

**MONTADOS EN ZANCOS:** premio especial, *Chino*.

**ESPECIALES PARA NIÑOS:** primer premio, *Niño holandés*; segundo, *Un urbano*; tercero, *Un organillero*.

**CARROZAS:** primeros premios, *Nuestro sleeping* y *El cesto de la compra*; segundos, *Amapolas* y *Barquillos*; terceros, *Deposito de invierno* y *Muley Háfid y un elefante*; cuarto, *Gallinero*; quinto, *De antaño*; especiales, *El señor José*, *tecedor de libros*, *Jardín de España*, *Perro cazador*, *Pierrots*, *Casa japonesa*, *Glorieta japonesa*, *Cupido moderno*, *Coché vogén*, *Lazo de unión Catalano-Aragonesa*; y extraordinario, *Allegoría del renacimiento del Carnaval*.

**COCHES Y AUTOS:** primer premio, *Jokeys*; segundo, *Luis XVI*; tercero, *Gitanas*; especiales *Pareja torera* y *Murciélagos*.

**VEHÍCULOS INDUSTRIALES:** primer premio, *Pastas para sopa*, de la Sociedad anónima Alimenticia española; segundo, *Clown equilibrista*, de J. Rais; tercero, *Regalo de Muley Háfid*, de Juan Maciá; especial, *Vermouth Crestein*, de J. Martí y Compañía; y diplomas honoríficos, *Pastas para sopa*, de José Guinar; *Bañera*, de los Sres. Lacomá hermanos; *La artillera anunciadora*, de José Reverté; y *Gotas divinas*, de Jacinto Ycart.

Digno complemento de las fiestas carnavalescas fué la cabalgata del Ayuntamiento organizada por el reputado escenógrafo Sr. Alarma y que recorrió las principales vías de la capital. Formábanla una sección de la guardia municipal montada, la banda de cornetas y música del Asilo Naval, veinte heraldos con distintas banderas, un carro con una jaula dentro de la que, maltrecho y sucio, estaba el antiguo Carnaval acompañado de los mascarones de mal gusto que habían sido la nota dominante en años anteriores; un carro simulando un jardín con multitud de niños ricamente disfrazados de langostas y ranas, varios negros montados en elefantes y caballos de mimbre, tres camellos con lujosas gualdrapas conducidos por árabes, algunos gigantones representando bebés y la grandiosa carroza del Carnaval, que figuraba un jardín de estilo del de Versailles, con una amplia gradería en la que había infinidad de niños y niñas con ricos trajes de caballeros y damas del siglo XVI, y en lo alto de la misma, una figura de gran tamaño vestida de caballero del siglo XVII que simbolizaba el Carnaval nuevo. Cerraban el cortejo la banda municipal, una escolta de palafreneros del siglo XVII a caballo y una sección de la guardia municipal montada, de gran gala.

El paso de la cabalgata fué presenciado por numeroso público, habiendo sido los organizadores de la misma objeto de unánimes elogios.

El éxito extraordinario que ha obtenido el Carnaval barcelonés en el presente año debe servir de estímulo para los años venideros en la seguridad de que, siguiendo el camino ahora iniciado, no habrá de pasarse mucho tiempo sin que nuestras Carnestolendas se pongan a la altura de las que gozan de más universal renombre.

Por el éxito de estas fiestas merece ser felicitada la comisión consistorial que con tanto acierto las ha organizado y dirigido.

*Por coger el Jabón de*  
**HENO de PRAVIA**

Ehrmann.

BARCELONA. — CONGRESO DE LA PRENSA NO DIARIA



Recepción celebrada en las Casas Consistoriales en honor de los congresistas

Ampliando las noticias que dimos en el último número relativas al Congreso de la Prensa no diaria recientemente celebrado en esta ciudad, daremos algunos detalles sobre los dos actos a que se refieren los grabados adjuntos.

La recepción organizada por el Ayuntamiento en honor de los congresistas efectuóse en el Salón de Ciento y a ella asistieron el gobernador civil Sr. Andrade, el fiscal de la Audiencia, el administrador de Aduanas, representantes de otras autoridades, gran número de congresistas y muchas distinguidas damas y señoritas.

Las autoridades y los congresistas fueron recibidos por el teniente de alcalde Sr. Pich, en representación del alcalde Sr. Boladeres, por los concejales señores Vega, Serra y Matons, el secretario accidental del Ayuntamiento Sr. Planas, el jefe de la guardia urbana Sr. Ribé y el comandante de la guardia municipal Sr. Mendiola.

En el salón del nuevo consistorio fueron obsequiados los concurrentes al acto con un exquisito *lunch*.

Durante la recepción, la banda municipal, situada en la galería anexa al Salón de Ciento, tocó escogidas composiciones.

En el vestíbulo y en la escalera de honor, que estaban adornados con profusión de plantas tropicales, daban guardia individuos de la guardia municipal en traje de gala.

La sesión de clausura del Congreso se celebró en el Salón Reina Regente del Palacio de Bellas Artes y fué presidida por el gobernador civil, en representación del Gobierno, teniendo a sus lados al arzobispo de Tarragona doctor López Peláez, al rector de la Universidad Dr. Carulla, al obispo de Barcelona Dr. Reig, al presidente de Sala Sr. Cereceda, en representación del presidente de la Audiencia, al ayudante de Marina Sr. Massoti, y a los Sres. Zavala, Viada y López Canto.

Abierto el acto por el Sr. gobernador, pronunciaron sentidos discursos de gracias los Sres. Minaya y López Canto, y a continuación usó de la palabra el arzobispo de Tarragona, presidente efectivo del Congreso.

El Dr. López Peláez, después de saludar al representante oficial del Gobierno y de dar las gracias a la comisión organizadora del Congreso por haberle invitado a ocupar un puesto preeminente en el mismo, habló en brillantes párrafos de la importancia de la prensa no diaria, que es la que muestra a los pú-

blicos, en muchas ocasiones, la grandeza y las maravillas de nuestro tiempo. Señaló la necesidad de la existencia de periódicos no diarios, elogiando a los que a costa de toda clase de sacrificios fundan periódicos para la propaganda de doctrinas generosas, propaganda que cada día va teniendo menos cabida en los grandes diarios, a los que el público pide sólo información. Ocupóse en la misión de los periódicos de ambas clases en las grandes urbes y en las poblaciones pequeñas, y dijo que así los grandes diarios como los pequeños periódicos son necesarios en la época moderna, porque unos y otros sirven para difundir la cultura y la civilización. Calificó el diario de enciclopedia y síntesis, que presenta un resumen del mundo; el periódico no diario, en cambio, elige y detalla algunos datos especiales para deducir consecuencias; el primero es a manera de telescopio, mientras que el segundo viene a ejercer las funciones de microscopio; el uno es el pan de cada día, el



Sesión de clausura presidida por el gobernador civil Sr. Andrade (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

traje de diario, el otro es festín intelectual, traje de gala que no debe ponerse siempre. Añadió que ambas clases de publicaciones no se perjudican unas a otras, sino que, por el contrario, se complementan. Terminó diciendo que no se había propuesto halagar a la prensa no diaria, sino discurrir sobre su vitalidad y su valer, y aconsejando la práctica de la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, porque los que luchan por el triunfo de la verdad y de la justicia obtendrán en el cielo su recompensa. El discurso del sabio prelado fué acogido con una calurosa ovación.

El gobernador civil comenzó su discurso dedicando entusiastas elogios al Dr. López Peláez; expuso luego lo que a su juicio es la prensa moderna, que responde a la necesidad que el público siente de saber, de informarse; dedujo de ello la fuerza inmensa que hoy tiene el periodismo, y afirmó que la prensa es el poder más irresponsable, cuando debiera ser aquel al que más responsabilidades habrían de exigirse, porque es la formadora de las conciencias. Combatió la pornografía, que la prensa, especialmente la no diaria, en donde está más arraigada, debería expulsar de su seno, y terminó excitando a los periodistas a que cumplan su verdadera misión, que es educar a la sociedad.

El discurso del Sr. Andrade fué también aplaudido con gran entusiasmo.

# El Mundo antes de la Creación del Hombre

## ORIGEN DEL HOMBRE

PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA O FORMACIÓN DEL UNIVERSO  
 HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO

Obras escritas por **L. Figuer y W. F. A. Zimmermann**  
 Traducidas por **E. L. de Verneuil**

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS INTERCALADOS Y LÁMINAS TIRADAS APARTE

Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados comprendiendo el estudio y descripción de la EPOCA PRIMITIVA. — EPOCA DE TRANSICIÓN. — LAS PLANTAS DEL MUNDO PRIMITIVO. *Epoca secundaria. — Epoca terciaria. — Epoca cuaternaria. — Diluvio de Europa. — Período glacial. — Las fuerzas plutónicas. — Las fuerzas volcánicas. — Los temblores de tierra. — Los minerales. — Relieves del globo. — Las aguas dulces. — Los mares. Los montes polares.* — SEGUNDA PARTE. — *Origen del hombre. — Edad de piedra. — Edad de bronce. — Edad de hierro. — Las razas humanas. — Supersticiones. — Lenguaje, etc., etc.*

Su precio es de 60 pesetas ejemplar encuadernado pagadas en doce plazos iguales.



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN